



MIGO, EL HARAGÁN

Por Ada Albrecht

Migo era devoto, muy devoto de la Madre Durga, nuestra Señora de la Piedad infinita. Pero también era haragán, muy haragán. Le gustaba dormir hasta altas horas de la mañana, y si podía, echaba una larga siesta luego de almorzar. Cuando se levantaba, comía nuevamente, lo que hacía que su cuerpo y mente se hallaran siempre envueltos en *Tamas*, esto es, cansancio, lo que constituía una barrera constante para sus oraciones.

—No importa —decía Migo—. Meditaré mañana sin falta...

Y al día siguiente, volvía a decir lo mismo:

—Mañana sí comenzaré a meditar seriamente.

Eso sí, estuviere trabajando, recogiendo agua del río cercano, buscando leños para encender el fuego, o jugando con las mansas gacelas del bosque, Migo jamás dejaba de pensar en la Diosa a quien bendecía con todo su corazón. Su espíritu siempre moraba junto a Ella, si bien como decimos, sus horas de meditación dejaban mucho que desear.

Cierta vez, Migo tuvo que ir a una aldea vecina, a buscar alimentos, y para ello, era necesario que cruzara un río, el cual, para desdicha de Migo, se hallaba sumamente crecido pues era época de monzones.

—No importa —se dijo, no es muy ancho, y soy buen nadador, de modo que me arrojaré a las aguas y con dos brazadas estaré en la otra orilla.

Dicho y hecho, comenzó a nadar, mas ello no le resultó nada fácil, pues una vez en la corriente, esta parecía ensancharse más y más y la orilla alejarse constantemente. El pánico se apoderó de su corazón, y no habiendo un alma a quien pedir auxilio por el contorno, comenzó a implorar la ayuda celestial de su Madre Durga.

—Madre —clamaba en medio de las aguas—, ¡Madre mía, sálvame, que me estoy hundiendo! En medio de la corriente torrentosa, oyóse claramente una voz mirífica, que le decía:

—Hijo mío, te salvaré mañana sin falta. Ahora me es imposible. Debes tener paciencia.

Y la voz calló ante la desesperación del pobre Migo, que, más muerto que vivo llegó por fin a la deseada orilla quedando sobre ella por un largo tiempo, incapacitado de moverse cansado como estaba. Irguióse por fin, y comenzó a caminar por un senderillo que atravesaba la selva. En su mente, iba cavi-

lando sobre la extraña contestación que en momento de tanta necesidad, le diera la Reina del Cielo.

—No me ayudó cuando más la precisaba —se decía, sin poder hallar una respuesta para el Divino proceder.

En eso estaba, cuando salióle al encuentro un inmensísimo oso de negro pelaje, el cual, desnudando sus poderosos dientes y extendiendo amenazadoramente sus grandes patas delanteras, acercóse a Migo con toda la intención de triturarlo entre sus poderosas extremidades.

—Madre Durga sálvame —gritó aterrado el pobre Migo, echando a correr por la selva en dirección opuesta al temible animal, y otra vez, como durante el cruce del río torrentoso, oyóse la misma voz que le decía:

—Mañana Migo, te salvaré mañana sin falta. Ahora me es imposible.

Migo no supo qué aconteció luego. Su pánico, hizo probablemente que se desmayara y cayera en un hueco del terreno, donde permaneció por horas, hasta que por fin regresó a él la conciencia. El oso había desaparecido, pero no así el cansancio que su alocada carrera había impreso en todo su cuerpo.

Bastante golpeado y cariacontecido, llegó por fin a la aldea en busca del alimento necesario. Entró en un almacén de gra-

nos, pidió los que necesitaba, y cuando iba a pagar sacando los billetes de una rupia de entre sus ropas, notó que los mismos se hallaban mojados como consecuencia del cruce del río, y para nada se asemejaban a los billetes en cuestión. Sea como sea, extendió los mismos al tendero, quien los analizó una y otra vez sin dar crédito a sus ojos.

—Esto es un montón de papeles revueltos —le dijo a Migo—. Seguramente que son billetes falsos. Tú quieres aprovecharte de mi buena fe y pagarme de semejante modo el precio de la mercadería.

La ira iba apoderándose más y más del tendero en cuestión, quien, por fin, tomando a Migo por uno de sus brazos, lo arrastró prácticamente hasta la casa del jefe de la aldea, que era quien arreglaba casos semejantes. Este, luego de observar los billetes, dijo:

—Sí, deben ser falsos, y para ello la pena es de muerte. Te ahorcaremos mañana al amanecer.

Y dio por terminado el incidente, llamando a dos guardias para que Migo fuera encerrado en la cárcel.

Ni qué hablar del estado espiritual del pobre Migo. El cielo se le había caído encima, todo le había resultado mal, y no teniendo a quien recurrir, imploró nuevamente la ayuda de la Madre del Cielo.

—¡Madre Durga! —exclamó con lágrimas en los ojos—, esta vez me matarán. No puedes menos que ayudarme, te imploro por favor, ¡un poco de auxilio celeste!

Rogó y rogó hasta el alba, pero la Diosa celestial no le respondía. Por fin, con los primeros rayos del Sol, oyóse la misma voz liada en mieles, que le decía:

—Mañana Migo, mañana te ayudaré sin falta. Hoy no puede ser.

—Mañana estaré muerto y ya no te necesitaré, Madre del Cielo —gimió Migo.

Pero la voz, como era ya habitual, había callado una vez más.

Instantes después, dos robustos soldados lo sacaban de la celda para llevarlo hasta el lugar de castigo.

—¡Alto ahí! ¡Esta ejecución debe detenerse!

Era la voz del tendero, quien seguidamente continuó diciendo:

—Durante la noche, los billetes se secaron, y me he dado cuenta de que aunque están sumamente arrugados, son legítimos, de modo que este hombre es inocente y sería injusto quitarle la vida.

Dicho esto, mostró las rupias a quien correspondía y Migo fue puesto en libertad.

Es claro que su estado de ánimo se hallaba por el suelo. Y no era para menos. Recogió entonces, de mala gana, los granos comprados y que tantos dolores de cabeza le costaran y tomó el camino de regreso a su aldea.

Andando y andando, llegó a un claro en la selva, donde pensó descansar un poco de tantos inconvenientes.

—Sería bueno meditar en Nuestra Señora, antes de comer algo y dormir por unas horas —se dijo, pero luego exclamó como ya era costumbre en él:

—Lo haré mañana, ahora estoy sumamente agotado.

Iba a darse vuelta para echar un sueño, cuando de pronto, escuchó una voz que le decía:

—Mañana Migo, duerme mañana.

Se levantó de un salto, permaneciendo sumamente atento, para ver de dónde provenía la voz, mas la soledad y el silencio lo rodeaban. Quedóse por un instante oteando los diferentes caminos y recodos del lugar, y preguntándose una y otra vez si todo no habría sido sino imaginación. Se sentía extremadamente nervioso.

—Un corto paseo me hará bien —se dijo, poniéndose de pie y comenzando a caminar.

A escasos metros, halló un hermoso árbol de mango, cuajado de frutos maduros.

—¡Qué maravilla! —dijo Migo—. Comeré un par de ellos y seguramente que me sentiré como nuevo. Extendió la mano para cogerlos, mas algo lo detuvo en el aire.

—Mañana Migo, come mañana —dijo una voz, y toda la selva pareció hacerse eco de la misma repitiendo “mañana”... “mañana”...

Entonces Migo echó a correr presa de pánico, hasta que fue a dar a una cascada de aguas cristalinas. La presurosa carrera le había dado mucha sed, de modo que sin pensarlo dos veces, acercóse a la misma para beber, mas otra vez se escuchó la acostumbrada voz que le decía:

—Mañana Migo, bebe mañana...

Y era inútil que hiciera todo tipo de intento por acercarse a las aguas, ya que estas parecían alejarse más y más...

Y así, sin poder dormir, ni comer, ni beber, le sorprendió la noche, vagando en medio de la selva, envuelto en lágrimas y desasosiegos.

Entonces, vio acercarse hasta él una extrañísima figura. Era un gigante de cabellos rojos y barba del mismo color. Sus ojos parecían dos volcanes envueltos en llamas, y al andar, cada pisada suya transformaba el terreno en un mar de fuego.

—¿Quién eres? —preguntó el atribulado Migo, a quien todas las vicisitudes de la vida, y muchas otras más, parecían haberle estado esperando en ese desventurado viaje.

—Yo soy Mañana —repuso el gigante con voz cavernosa—. Soy el amigo de los torpes y los idiotas. Cuanta criatura ciega habita este planeta, en mi se apoya y se refugia. Los ladrones dicen “mañana enmendaré mi vida... hoy seguiré hurtando”. Los estudiantes dicen “mañana haré mis deberes, hoy saldré a divertirme con mis compañeros”... y los devotos exclaman “mañana comenzaré mis meditaciones... hoy tengo otras cosas que hacer”... y así, unos olvidan al Dios del *Dharma*, y los otros olvidan el *Bhakti*...

Al escuchar esto último, Migo se puso rojo como una manzana, pues recordó cuántas veces él había pospuesto sus meditaciones diciéndose “mañana comenzaré”... para volver a repetir lo mismo al día siguiente...

—¿Por qué eres tan voluminoso? —quiso saber Migo.

—Porque toda la Humanidad me alimenta y así engordo constantemente y también constantemente aumento de altura.

En cuanto a mi naturaleza ígnea, yo soy el fuego del infierno que detiene el surgimiento de la Eternidad, la cual reside en mi enemigo “Hoy”. Siempre que alguien dice “hoy seré bueno”, mi estatura decrece un poquito, y cuando los enamorados de Dios Nuestro Señor exclaman “est-Hoy” meditando, siento que la vida me abandona. En verdad, yo soy *Mâyâ*, pues no tengo existencia real. Por eso te decía que soy el amigo de los idiotas: éstos nunca interpretan correctamente las leyes de la Vida y es por eso que me buscan y prefieren.

—Y ahora —exclamó Mañana abriendo su boca inmensa—, vengo a devorar también tu pequeño y débil amor a nuestra Divina Señora Durga, puesto que has vivido invocándome y exclamando “mañana comenzaré mis meditaciones, hoy tengo otras cosas que hacer”.

Entonces Migo cerró los ojos, y por primera vez en su vida, vio todo absolutamente claro. Había sido un perfecto bandido, un inconsciente, un obcecado... ¡Había sido un pobre desdichado! Entendió por qué su Divina Madre le había retaceado su ayuda en el cruce del río, en su encuentro con el oso, en la cárcel... En realidad, de todo lo había salvado, mas cuando él la invocaba, la Divina Madre, con amoroso ánimo de llamarle la atención con respecto a sus faltas, le decía “mañana...”, como él mismo lo hacía cuando era el momento de la meditación, y él la posponía... Concienció nuevamente, su infinito

amor, en la negación del sueño, de los frutos, del agua... ¡Cuánto trabajo le dio su ceguera a tan Divina Madre, cuánto hizo por despertarlo, cuánto sacrificio para que él viera su error!

—Hasta el poderoso *Rakshasha* Mañana, seguramente fue enviado por Ella —se dijo— para que mi espíritu ignorante tomara conciencia de la Gran Realidad.

Su corazón había renacido, una profunda paz reinaba en su alma, y todo él transformóse en un estático sentimiento de Amor a Dios. No supo cuántas horas habían pasado. Cuando abrió los ojos, Mañana había desaparecido, el Sol estaba en medio del cielo, había amanecido otro día y este mismo se hallaba ya en su punto medio.

Caminando por la selva, halló un pequeño santuario a la Madre Kali, quien es la misma Diosa Durga, o Nuestra señora Parvati... o Lakshmi¹. Entonces Migo ingresó a él para siempre. Pasaron los días y los meses, y Migo no se movía. Olvidó completamente todo otro menester y sólo tuvo memoria constante para con Dios.

Algunos aldeanos, al pasar por ese lugar, dejábanle frutas o leche. Subsistía del amor de los demás y vivía para Amar a

¹ Todos estos son Nombres de Devi o la Madre Universal. Sus tres aspectos principales son: 1) La Diosa Parvati —que a veces toma el aspecto de Kali o Durga—, consorte del Dios Shiva; 2) La Diosa Lakshmi, consorte del Dios Vishnu; y 3) Sarasvati, consorte del Dios Brahmâ.

Dios. Los años fueron transcurriendo y Migo llegó, naturalmente, a la santidad más acabada. Silenciosamente, como despierta la Vida en la semilla, así había nacido en su espíritu el estado de Gracia. La gente de los alrededores comenzó a acercarse al santuario donde oraba el santo, el cual, según decían, daba paz con su sola presencia.

Entre los visitantes, acostumbraba a venir un joven de veinte años, hijo del Rey, con su Primer Ministro. El primero postrábase a los pies de Migo con inmensa devoción, mientras el segundo permanecía de pie, como silencioso testigo de las actitudes del joven.

Una mañana, el Príncipe llegó envuelto en lágrimas.

—¿Qué ocurre, hijo mío? —inquirió Migo, dulcemente, y el joven, balbuceando y ahogado por la desesperación, exclamó:

—Mi Padre el Rey me ha nombrado *Yuvaraja*¹, y de aquí a breves semanas deberé hacerme cargo de todos los problemas del estado. Sin embargo, ¡oh joya preciosa de la Madre Bhakti!, mi anhelo ha sido siempre renunciar al mundo y consagrarme a Nuestro Señor, como tú mismo lo has hecho, pero mi familia se opone aduciendo que soy muy joven y que ya tendré tiempo de consagrarme a las tareas espirituales.

En eso, y creyéndolo oportuno, terció el real Ministro:

¹ Príncipe heredero.

—En verdad, *Guru-Ji*, nuestro Príncipe es excesivamente joven para hacer abandono del mundo. Él debe vivir su vida palaciega ahora... Mañana, en todo caso, y si le dura su vocación divina, podrá consagrarse a Dios...

Migo, quien escuchaba serenamente a ambos interlocutores, ni bien oyó la palabra “mañana” saltó como un resorte, más aún, como un tigre huyendo de las llamas, como una cobra ante la visión de una mangosta.

—¡Mañana es el infierno! —exclamó—, mañana es inexistencia, es vacío, es la Nada. Tu Príncipe se enlodará durante años y años viviendo una vida cortesana. Hará la guerra, matará a supuestos enemigos y conocerá el odio, dormirá en tálamos nupciales con sus reinas y conocerá la pasión sensual, generará innumerables hijos, así conocerá también el apego. Asistirá a banquetes sin fin, sabrá lo que es vestir trajes lujosos y entenderá de vanidades, se adornará con las más hermosas joyas, y anidará en él la soberbia; luego, lo que quede del desdichado, si es que queda algo, será puesto a los pies de nuestro Señor, o sea que nuestro Señor recibirá las sobras, el descarte de toda su vida. ¿Te parece justo eso? ¡Y todo por haber incubado, por haber creado ese concepto que es camino del infierno! “¡Mañana!” ¡Todo cuanto no podéis realizar de bueno ahora, lo dejáis para mañana!

Y dicho esto, cogió al Príncipe de la mano y exclamó:

—Ministro, dile al Rey que acabo de nombrar a su hijo el *Yuvaraya* de Dios, o sea heredero del Reino Celeste.

El joven no cabía en sí de gozo. Lágrimas de gratitud rodaban por sus mejillas, del mismo modo que gestos de preocupación en el atribulado primer Ministro.

Cuando el Rey se enteró de lo acontecido, quedóse en profundo silencio.

Era un Rey noble, que amaba entrañablemente a su hijo, y no deseaba hacer nada en contra de la voluntad de éste.

—No es bueno —se dijo—, que lo traiga a la fuerza y lo haga gobernar por medio de la violencia, pero, eso sí, debo asegurarme de que su vocación sea legítima y no una mera pasión del momento.

Y dicho y hecho, se sumó él mismo a los visitantes del santo del bosque, asistiendo junto con su hijo a las lecciones y enseñanzas.

—Si anheláis a Dios, comenzad a vivir una vida correcta ahora mismo —decía el santo—. Debéis desarraigar por completo el pensamiento sobre el futuro. Este no existe; la criatura humana se labra en el presente, pues el presente es el tiempo de Dios. El futuro como el pasado, es muerte. Recordadlo

siempre y podréis llegar al éxito espiritual y a una existencia perfecta.

Estas enseñanzas maravillaban al Rey, quien, a duras penas si visitaba su palacio, prefiriendo, en cambio, permanecer cerca del santo en su ermita. Y así, padre e hijo se acogieron a la vida divina, quedando a cargo de las cuestiones del estado el noble y leal Primer Ministro.

¡Cuántos cambios maravillosos conoció la sagrada tierra que tuviera el buen *Karma* de poseer un santo como Migo!

Al paso del tiempo, Migo cerró el ciclo de su vida, luego de haber realizado todo el bien posible en el alma de innumerables devotos. Ya a punto de viajar hacia Vaikuntha¹, los celestiales reunidos dispusieron que fuera el mismo Dios Yama, el dios de la muerte quien buscara su espíritu para llevarlo a los *Lokas*² Inefables.

Pero sucedió que en el instante en que Migo abandonaba su cuerpo, también lo hacía otro santo en un lugar muy lejano, cuya alma también debía ser buscada por Yama.

Existe una vieja tradición en India según la cual el espíritu de un hombre perfecto no puede ser conducido a los Cielos

¹ El plano celestial.

² Los *Lokas* son los diversos mundos o planos de existencia del universo. La Tierra, por ejemplo, es uno de ellos.

sino por el mismo Dios Yama, encargándose sus innumerables ministros de buscar a las otras almas de hombres y mujeres comunes cuyas vidas transcurren envueltas por los innumerables velos de *Mâyâ*.

—¿Qué hacer? —se preguntaba Yama.

Dos santos abandonando sus cuerpos en el mismo instante, era cosa que no se había visto jamás. Luego de pensarlo y volverlo a pensar, se dijo:

—Y bueno, lo que haré será lo siguiente: insuflaré un poco de *Prâna*¹ en el cuerpo de Migo, luego buscaré el alma del otro santo, y la de Migo, pues... ¡mañana! ¡Sí, sí, mañana iré por él!

Y dicho y hecho, el sagrado *Deva* del *Dharma* envió nuevas corrientes pránicas al cuerpo de Migo, que para alegría de todos sus devotos retornó a la vida momentáneamente.

Es claro que la santidad le había conferido a Migo poderes inmensos, pues, dicho sea de paso, la santidad nos hace semejantes a Dios Nuestro Señor.

Así pudo Migo leer los mismos pensamientos de Yama. Se sintió sumamente triste y se dijo:

—¡Mañana! ¡Mañana! Toda mi vida he rechazado ese pensamiento, al que he considerado infernal, y ahora resulta que

¹ Es decir, vida.

hasta para poder abandonar mi cuerpo físico, éste me sale hipócritamente al encuentro. Es hora de que demuestre a los mismos *Devas*, valiéndome de esta oportunidad, la falsedad de su existencia.

Y el santo Migo, que por su vida de amor, dedicada a los pies de la Diosa Madre, había merecido el Vaikuntha, en esas pocas horas de vida conferidas logró la infinita proeza de trascender la Devoción a Dios con forma, y llegar a las insondables playas de lo Absoluto. *Nirguna Brahman*¹ fue así obtenido en un instante, por quien durante toda su vida rechazara el trabajar recién “mañana”.

Si grande era la fiesta que preparaban los Cielos para recibir al santo, es de imaginar aquella que todo el Universo estaba pronto a rendir al espíritu que había logrado la Liberación Final².

Ya en *Indraloka*³, el espíritu de Migo arrojóse a los pies de Nuestra Señora del Cielo, la Inmaculada y Santísima Diosa Durga, quien le había salido al encuentro como amantísima

¹ *Nirguna Brahman* es el nombre con el cual se designa a Dios Absoluto, libre de todas las cualidades perceptibles. Es la Eterna Realidad. Por otra parte *Saguna Brahman* indica a Dios con atributos, es decir, las imágenes visibles de Dios, tales como los *Devas*. La palabra *Guna* significa “atributos” o “cualidades”, así, *Nirguna* es “sin cualidades” y *Saguna* es “con cualidades”.

² Es decir, *Moksha* o Unión con Dios.

³ El mundo de Indra, Rey de los *Devas*.

Madre feliz de recibir a su hijo maravilloso. Entre sus labios radiaba una sonrisa auroral.

—Hijo querido —le dijo—, he sido yo, quien por amor a ti, ha hecho posible que dos vidas santas, abandonasen sus notables vestiduras en el mismo instante, creándole así, al Señor Yama, un problema difícil de resolver. Quise con ello darte la divina oportunidad de alcanzar lo Absoluto. Yo sabía que podías realizarlo, pero sabía también que tu inmensa devoción a Mí, te prohibía avizorar el Mar sin Orillas de Aquello. Te he ayudado a trascender toda forma, incluso la Mía, valiéndome de tu comprensión profunda sobre la vacuidad del concepto del “mañana”. Así fue cómo lograste lo más difícil, lo que es casi inaccesible al espíritu de los hombres, incluso al de los más Perfectos: la Liberación de *Mâyâ*, o sea, la Liberación de todo cuanto se sujeta al Tiempo. Nunca más el mundo te esclavizará, nunca, ninguna forma será ama de tu corazón. Ya para ti no habrá ni hoy, ni ayer, ni mañana: el eterno presente, la Eternidad sin orillas, se ha constituido en tu Morada.

Lejos, muy lejos quedaron los aciagos días de Migo el haragán, el que posponía meditar en lo Divino atraído por los juguetes de *Mâyâ*. Todo eso había acontecido durante la niñez de su espíritu, todo eso había sido ya devorado por el Tiempo y transmutado en su conquistada Conciencia Cósmica.

Dicen, sin embargo, los habitantes del bosque donde el santo meditara en su ermita, que persiste en ella una extraña fuerza: quien ora cobijado por sus paredes, jamás siente decaer sus energías, nunca ve desmayar su devoción, no dice “recomenzaré mañana”... Es como si todo el lugar rechazara ese concepto, y es seguramente el alma de Migo el santo, velando por aquellos que buscan la salida del tenebroso mundo del dolor, para que comprendan la importancia fundamental que posee el saber que el alma de la criatura humana es hija del eterno presente, nido de la Eternidad, Morada de lo Infinito, corazón inmaculado de Dios.

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
